*

Voy á concluir. Al trazar las anteriores mal pergeñadas líneas, en obedecimiento á la amistad y cariño que guardo en el fondo de mi corazón para el apreciabilísimo Señor Obispo de Colima, con entusiasmo me asocio á los honores tan justamente tributados á quien es excelente Pastor é integérrimo ciudadano, meritísimo servidor de la Patria y seguidor constante del Evangelio, de lo cual ha dado público testimonio con las labores de su docta pluma, con la integridad de sus costumbres y con lo acendrado de su piedad.

Plegue al cielo que las eximias virtudes cristianas y cívicas de Monseñor Silva, sean imitadas de muchos; que así como su nombre será inolvidable mientras haya mexicanos católicos, sean también perdurablemente fecundos sus ejemplos, y que nuestros pósteros hallen una lección y un incentivo de loables acciones en este humilde monumento literario —el presente ALBUM— ofrenda expontánea del aprecio y de la gratitud, modesto como el personaje á quien se dedica; pero de significación altamente trascendental, como las obras del eximio Prelado.

Francisco Saracho.

AL ILMO. SR. DR. D.

Atenógenes Silva,

OBISPO DE COLIMA,

EN EL XXV ANIVERSARIO

DE HABER CELEBRADO SU PRIMERA MISA.

PERMOSO aniversario! El sintetiza los triunfos que has sabido conquistar con las armas invencibles de tu talento y tus virtudes preclaras. El llena las aspiraciones de tus hijos intelectuales, los que de tí recibimos la amorosa enseñanza que nos abrió la senda de una nueva vida. Al regocijarme con ese recuerdo, te mando la expresión de mi profunda gratitud, acrecentada por el fuego de mi filial amor. ¡Dios te haga siempre feliz, maestro querido!

Lic. Alberto Gómez Cruz.

¡Pastor excelsus!

Tiene el cielo espíritus radiantes,
De alas de nieve y ojos de diamantes,
A velar en el mundo destinados
Por las ciudades y por los estados.
Ellos, aunque invisibles
Emanaciones del poder divino,
En regueros de luz dejan sensibles
Los pasos que señalan su camino.
El soplo perfumado de su boca,
Aunque es más dulce que el materno beso,
Cuando á los pueblos, sus pupilos, toca,
Rápidos los impele hacia el progreso.
Y cuando el Sér precito
Que intentó derrocar al Infinito,
En las ondas del aire culebrea
Desesperado, al no encontrar la calma,

Y sólo provocando se recrea
Tempestades terribles en el alma,
Y trombas, huracanes ó tifones,
Que amenazan tragarse á las naciones,
El Angel de la guarda acude aprisa,
Su flamígera espada centellea,
Huye Luzbel apenas le divisa
Y del célico enviado la sonrisa,
Iris de paz, en la extensión flamea.

*

De una misión igual Dios ha provisto
A otros seres también predestinados
A apacentar los pueblos rociados
Con la sangre de Cristo.
Aunque cubiertos de la forma humana,
Limpia como el cristal es su conciencia
Y corre irreprensible su existencia
A la sublime beatitud cercana;
De sus labios, cual de una fuente, mana
Claro raudal de inagotable ciencia,
Y todo son amor, son todo oídos
Al triste lamentar de los gemidos.
En vano el lobo de adueñarse trata
De las pobres ovejas y corderos,
Porque acude el Pastor con piés ligeros
Y la excitante presa le arrebata.
Y es tal la majestad de su apostura
Y son tan fervorosos los afanes
Con que honran su divina investidura,
Que se pudiera creer que su figura
Han tomado los ángeles guardianes.

*

A tí, sabio discreto,
Amante del progreso y de sus dones,
Orador que conoces el secreto
De mover con la voz los corazones;
Grande, egregio Prelado de Colima,
Visible ángel guardián de los hogares
Donde al par que el acento de los mares,
Que al rugir de las nubes se aproxima,
Se oye el rumor del viento en los palmares;
Donde la sangre sin cesar caldea,

Y aun la brisa arrastrar parece lumbre
En chispas desprendidas de la tea
Del vecino volcán sobre la cumbre;
Donde la vida con exuberancia
Surge de todo lo que tiene vida,
Con jugosa y magnífica substancia,
Y de bosques y llanos la fragancia
A bendecir al Hacedor convida:
¿Qué decirte podré? ¡Tal escenario
Digno es de la virtud que en tí contemplo
Brillar con un ardor extraordinario,
Y miro que la fuerza de tu ejemplo
Convierte esa región en rico templo
Digno también del Martir del Calvario!

Alberto Santoscoy.

AL ILMO. Y RMO.

SR OBISPO DR. D.

Atenógenes Silva,

EN EL XXV ANIVERSARIO DE SU

PRIMERA MISA.

PERMITE, augusto Príncipe, que me asocie á los que celebran con santo y noble entusiasmo una fecha que es para esta Arquidiócesis, para tu sede episcopal y aún para todo el país, poderoso motivo de satisfacción, por referirse al bendito sacerdocio de uno de sus más esclarecidos hijos. Tus discípulos han tomado la iniciativa para hacer patente al mundo entero, por medio de esta fiesta, que el noble sentimiento de la gratitud, lejos de extinguirse en este hermoso suelo de Jalisco, es, por el contrario, como el emblema que, cual fragante flor, siempre acompaña á la hermosísima rosa del amor. Yo, el último de los que fueron tus primeros discípulos, aunque de los que menos se aprovecharon de tu sapientísima y prudente dirección en la carrera literaria, quisiera añadir mi pequeña hoja al balsámico florón que hoy te ofrecen mil corazones cuyos sentimientos has avasallado con el inmenso atractivo de tu santa y preclara vida sacerdotal.